

LA CRISIS DE LA MORAL POLITICA

E. MIRET MAGDALENA

Hace unos días estuve en TVE para participar en la grabación del popular programa de Jesús Hermida, «SU TURNO».

Allí nos juntamos personas tan diversas que iban desde Fernando Abril Martorell y Javier Tusell, pasando por el catedrático de sociología Jiménez Blanco, hasta llegar al magistrado Chamorro, al humorista Máximo y a mi mismo que se me calificó de «teólogo seglar», aunque no sé muy bien si mi verdadera denominación sería la de anti-teólogo, por mi postura crítica con la teología de ayer y de hoy, que obedece generalmente a una estructura de dominio de la clase clerical sobre la mentalidad de los creyentes y, a veces, hasta de los no-creyentes.

¿Es rentable ser malo?

Sabieron a relucir muchas cuestiones en torno a la idea fundamental que se quería debatir: la de la película «Dallas», y el significado de su personaje principal, J.R. Filme que sugiere multitud de cuestiones; pero hay una que sirvió de hilo conductor del diálogo —demasiado cortés y académico— que tuvimos los allí actuantes. Se puede sintetizar la cuestión en la pregunta siguiente: ¿Es rentable ser malo?

Pregunta clave para hacerla a nuestra sociedad actual, ya que la situación española de hoy necesita este análisis ético de fondo, después de los 40 años de franquismo nacional-católico, y de dos siglos que duró el reaccionarismo político y religioso que sufrió el país desde principios del siglo XIX.

La verdad es que las barreras que se nos pusieron por la política de esos dos siglos, no han sido nunca positivas para conseguir una adecuada educación de los valores humanos auténticos, que la mayor parte de las veces se quedaron en meras palabras.

Parece como si lo que estaba reprimido internamente en esas épocas, hubiera salido afuera de modo repen-

tino y hasta sorprendente, por resultar inesperado para muchos. Parece también que estuviéramos viviendo no un nuevo orden ético, sino solamente la infantil compensación de aquello que estaba retenido a presión, como le ocurre al vapor dentro de una caldera, haciendo cada vez más esfuerzos por salir y hasta por explotar. Pero el daño interior estaba hecho, y era profunda su huella porque nos había dejado vacíos y, por tanto, sin el necesario contenido ético que nos hiciera vivir positivamente como humanos.

No es extraño así que los españoles hayamos adquirido, tras aquella experiencia engañosa, por ser sólo una fachada, un cierto tono de cinismo. Cinismo que resulta la compensación ingenua de aquella beatería que se nos inculcaba por activa y por pasiva, y que era el fondo —más o menos hipócrita— que se había creado en nosotros.

Dentro de esta actitud, que queda como poso negativo de tiempos cercanos, se revela ahora una cierta postura maliciosa en la práctica; y, en teoría, un afán por desprestigiar lo «ético», como si fuese algo ya pasado, propio de otras alejadas y anacrónicas épocas; o resultado característico de personas demasiado ingenuas, que no saben andar por la vida. El hecho es que nuestro nivel de ética cívica tiene en este momento cotas francamente bajas, cuando casi todos pensaron, tras la muerte de Franco, que más bien debería haber pasado lo contrario. Acabado el impedimento, se nos decía que brotaría algo positivo de nuestro interior y todo quedaría rápidamente arreglado en el país.

Pero la realidad ha sido muy otra. Aquella época, por arte de su máximo dirigente, dejó todo atado y bien atado porque nuestras motivaciones más o menos subconscientes habían sido envilecidas y, en nuestro afán por salir de aquellos años, no nos dimos cuenta de lo que teníamos dentro. Dirigente aquél que no fue un mojón solitario de nuestra historia,

sino el culmen de los errores que se centraron en la idea de una patria infladamente ridícula por su presuntuosidad fatua («por el Imperio hacia Dios», se nos decía engoladamente); una idea que se fue incubando en esas malhadadas dos centurias. Y también ocurrió por la imposición religiosa que llevó el incongruente marchamo de «nacional-catolicismo», ya que éste fue expresión de un sectarismo ridículo (por su nacionalismo cerrado y seriamente caricaturesco), y de su pretendido universalismo (que es lo que nunca significó la palabra «católico», a pesar de su etimología, por ser nada más que la imposición hecha a todos, y ejercida por las cortas y estrechas ideas de un pequeño grupo fanático y excluyente).

Mirar los resultados

Y así ha sido el resultado. Creyeron muchos que los españoles conservaban, en medio del fragor de superficiales bombos y platillos pregonando las virtudes hispánicas, un «almario» limpio de polvo y paja; pero ese «almario» había sido hábilmente vaciado de todo contenido ético auténtico y convencido.

Esta es la causa principal por la cual todo vaya ahora tan mal, porque, si muchos de nuestros políticos —como creo que se evidenció en el coloquio televisivo al cual aludo— no creen en la rentabilidad social de unas auténticas reglas de juego morales sin excepción, y que ellos mismos son quienes deberían respetarlas rigurosamente sin subterfugios favorables para ellos, llego a la conclusión de que no tenemos nada que hacer. Lenin, el denigrado líder social y político por sus teorías morales que parecían de un oportunismo rechazable, llegó a decir más tarde que, en toda sociedad, los hombres de arriba y de abajo debían respetar unas «reglas elementales» de moral, que hiciesen viable una convivencia humana y ni-



nimamente justa, como base positiva para una transformación social.

No confiemos ingenuamente en las palabras engañosas de nuestra política; miremos los hechos primero y, después, usemos de nuestra lupa para descubrir, tras las más o menos elegantes declamaciones verbales, la confesión implícita que hay de ausencia de una ética política. Y así es como comprenderemos nuestra situación.

No es verdad que se haya hecho mucho —como ellos dicen— en estos cinco años de transición. La mayor parte de las cosas verdaderamente importantes faltan por realizar. Y las ya hechas quedan más en el papel, que en la realidad concreta. ¿Por qué? Porque el cambio de una sociedad a otra no es fácil, ya que la transformación más importante no es la que se expresa con palabras de agradable sonido (derechos humanos, libertad, democracia)...; sino con los hechos por un lado, y con el espíritu que los preside, por otro. El verdadero cambio no ocurrirá sólo porque prediquemos una «moralina» más o menos soporífera; ni porque pretendamos atraer uno a uno a los que llevan otro rumbo en su actitud política. Como tampoco lo será porque cambiemos la fachada de nuestra sociedad, inventando leyes más o menos rimbombantes y atractivas, o instituciones que «suenan» bien.

Lo más importante, lo único verdaderamente decisivo para que sea eficaz el cambio social, es el cambio de mentalidad. Y eso es lo que no ha cambiado en el fondo de muchos gobernantes y políticos y, por eso, se encuentran a gusto repitiendo —con

disfraces más o menos hábiles que ocultan el fondo— las actitudes que no nos gustaron del franquismo: su olvido del pueblo sencillo que va por la calle, que compra en los mercados, que busca y rebusca en las rebajas de los grandes almacenes, que usa los autobuses y que hace un número nada más en el conjunto cada vez más automatizado y más burocratizado —y por tanto menos popular— de nuestra civilización a la española.

Pero, ¿quién levanta la voz en este desconcierto de conductas de nuestros dirigentes de la sociedad? Sólo se oye «sotto voce» un rumor de descontento, que a ellos no llega porque se encuentran bien arrellanados en su cómodos sillones, que parecen además estar rodeados de paredes acolchadas para que no les alcance ese rumor de la calle.

Y así se va creando poco a poco el desánimo, el desaliento, el tirar la toalla y esperar resignada y pasivamente el futuro que ellos —los de arriba— nos deparen.

¿Qué democracia es ésta? ¿qué libertad, de la de verdad, nos proporciona? ¿no vivimos, tras todo ello, el sutil engaño de la «ilusión de la libertad»?

Hacia un hombre libre

Los que propugnamos un hombre de verdad más espontáneo, un ser de carne y hueso que pueda ser independiente y que se sienta así ufano de su auténtica libertad y de su respetada dignidad de hombre, no lo encontramos por casi ninguna parte.

Desde el día en que oigamos —y lo estamos oyendo— resignadamente y sin indignación, que hace falta un poco de cinismo y de malignidad para dirigir un país, estamos en plena política al estilo de los autores y seguidores del franquismo, con su astucia de pequeños personajes.

Este país necesita una transformación social, política, económica, cultural y religiosa. Pero no será realizada por muchos de los santones que se han hecho con el poder formal de los votos, o con el poder fáctico de las «élites» de moda, que nadie se atreve a criticar en alta voz, a pesar de que se sienta uno incómodo con el abuso de dominio que ejercen sobre nuestras mentes. En una palabra: este país tiene que adquirir a toda prisa, una ética cívica que debe estar en el pueblo, en los que vivimos a ras de tierra; pero principalmente en los que están arriba, en las atalayas de la política, la economía, lo social o lo intelectual, ya que en ellos la misión educadora debe ser fundamentalmente la del ejemplo, y no sólo la legislativa o la del ensayo ingenioso que paraliza nuestro sentido crítico. Esta es la principal misión que dirigirá positivamente a los pueblos, como descubrió hace siglos el inteligente constructor de su país, que fue Confucio.

Pero, por favor, que no surjan los nuevos maestros de moral adoptando la actitud del dómine insuflable que siempre tiene la última palabra de lo que «debe» hacer el hombre. No: de lo que se trata es de que podamos entrar en razón, y empecemos todos a pensar, y no sólo que sean siempre unos pocos los que piensan, o no piensan, por nosotros. Como decía Pascal: la primera —y yo diría la única— norma de moral es aprender a pensar bien por uno mismo, pero nunca a ser unos «bienpensantes» que dominemos la libertad, la independencia, y el ejercicio autónomo de la razón de cada uno.

Ni la Iglesia (con mayúscula) ni la Política (también escrita así) ni siquiera la Cultura (imponiéndose desde su primera letra) deben ser escritas de ese modo: hay que aprender a escribirlas con minúsculas, modesta y dialogantemente, y nunca de modo despreciativo, despectivo u olvidadizo.

Esa es la tarea más urgente. Sin esa ética cívica, que no puede ser exclusiva de ningún grupo ni iglesia, los planes económicos, ni ningún otro programa, por bien delineado que esté en el papel, servirán de nada. ■